



ACTO SEPTIMO

CUADRO XI

¡OJO POR OJO Y DIENTE POR DIENTE!

La misma decoración de cuadro tercero.

ESCENA PRIMERA

La NICANORA, sentada en una silla baja, a la derecha, en primer término. ESTEBAN está de pie, a su lado. Más allá, a la izquierda, casi en segundo término, se ve a BUENA MUERTE, también sentada, con las manos extendidas sobre las piernas rígidas e inmóviles. Su mirada de idiota, vaga por la estancia, con aire de fatiga y de embrutecimiento. Los tres personajes visten rigurosamente de luto.

ESTEBAN Quiero que se le haga a Catalina un entierro digno y decoroso.

NICANORA (Sollozando amargamente.) ¡Pobre hija mía!

ESTEBAN Quiero también que todos los mineros, sin excepción de niños y mujeres, la acompañen hasta su última morada. Yo iré el primero. Después, cuando la última paletada de tierra caiga sobre aquel cuerpo infortunado, saldré inmediatamente de este país maldito, empapado todo él con la sangre generosa de nuestros mártires.

NICANORA ¿Y no volverás, Esteban?

ESTEBAN Sí, sí, para redimiros y para vengaros.

ESCENA II

Dichos y JUANILLO, que entra por el foro precipitadamente.

JUANILLO ¡Esteban, huye! Los gendarmes te buscan.

ESTEBAN ¿Lo ves, Nicanora? ¿Lo ves? Esos infames ni siquiera me quieren permitir el lujo de que acompañe yo su cadáver.

JUANILLO Huye... No hay tiempo que perder.

ESTEBAN ¿Por dónde?

NICANORA Sube... Salta por la ventana. Internate en el bosque.

ESTEBAN (Conmovido.) ¡Adiós!

NICANORA (Lo mismo.) Vuelve, Esteban.

ESTEBAN Sí, a ponerme al frente del ejército de obreros que ha de conquistar el porvenir. (Desde los primeros peldaños de la escalera.) Entretanto, pon flores, en mi nombre, sobre su tumba. (Se va.)

ESCENA III

Dichos, DON TOMÁS, DOÑA ROSALÍA y CECILIA, por el foro. Vienen cargados de paquetes.

TOMÁS ¡Buenos días, Nicanora!

NICANORA (Con gran frialdad.) ¿Ustedes por aquí, señoritos?

TOMÁS Sí, Nicanora, hemos sabido tu desgracia, que aunque en parte la tienes merecida, no puede menos de excitar nuestra más viva compasión.

ROSALÍA Y te traemos esto.

CECILIA Vestidos y ropa blanca para ti... Zapatos para el abuelo.

NICANORA (Secamente, agriamente, sin alargar la mano para tomar los paquetes.) ¡Gracias! Lo que yo quisiera es que me devolvieran ustedes a los míos.

- ROSALÍA Si en nuestra mano estuviera... Pero no te apures, mujer; Dios aprieta, pero no ahoga.
- NICANORA ¿Que no ahoga? ¡Ah! señorita... Dígamelo usted a mí.
- TOMÁS Y bien, abuelo, ¿usted siempre con sus alifafes?
(Buena Muerte ni responde ni mueve un músculo de su rostro.)
- ROSALÍA No responde. ¿Está sordo?
- NICANORA Se ha quedado como imbécil. Se pasa las horas muertas, inmóvil en esa silla, sin decir una palabra. ¡Ah! dichoso de él... Así no sufre...
- CECILIA ¿No te acuerdas, papá, que nos habían dicho que estaba así? Lo que tiene es que se nos había olvidado.
- TOMÁS (Deshaciendo los paquetes.) Es cierto, hija mía. Mira, Nicanora, aquí tienes un par de botellas. Es vino generoso. Y aquí están los zapatos del abuelo. Debe usted ponerse-los en seguida, porque hace mucho frío.
(Buena Muerte no responde tampoco. Su rostro espantoso tiene la frialdad y la dureza de la piedra.)
- NICANORA No les dará ni las gracias.
- TOMÁS (Poniéndoselo todo encima de la mesa, viendo que Nicanora ni siquiera se da el trabajo de tomárselos.) ¿Y dónde tienes a tu muerta, Nicanora?
- NICANORA Arriba. ¿Por qué?
- ROSALÍA Quisiéramos verla. ¿Sabes? El entierro corre de nuestra cuenta.
- NICANORA ¡Gracias! Ya lo ha pagado Esteban. (Su celo filantrópico me huele más a miedo que a caridad.)
- TOMÁS Vamos, Nicanora.
- ROSALÍA ¿No vienes, Cecilia?
- CECILIA No, mamá. Ya sabes que esas cosas me dan mucho miedo.
- TOMÁS Bajamos en seguida. (Suben por la escalera de la izquierda la Nicanora, don Tomás y doña Rosalía.)

ESCENA IV

Dichos menos la NICANORA, DON TOMÁS y DOÑA ROSALÍA. En cuanto han acabado de subir la escalera, opérase en Buena Muerte una súbita y extraña transformación. Sus manos, siempre extendidas sobre sus piernas, se crispan; un sacudimiento nervioso agita todos los músculos de su cuerpo. Sus ojos, antes muertos y apagados, animados por salvaje expresión, buscan a Cecilia. Se fijan tenazmente en ella, la envuelven en una red de miradas dominadoras, profundas, terribles, destellantes de odio y de furor. Cecilia, a la repentina e inesperada metamorfosis de Buena Muerte, se queda aterrada, como fascinada, pendiente de todos sus movimientos y sin poder articular palabra.

- BUENA. (Con voz lenta, reconcentrada, en que vibra un gran odio de raza.) ¡Qué cuello tienes tan blanco... tan delicado... tan mórbido!... Es un verdadero cuello de burguesa, hija mía... (Cecilia le mira inmóvil, como petrificada, los brazos caídos a lo largo del cuello y las pupilas dilatadas por el terror.) ¿Qué dirías si yo le hiciera con mis manos, con mis rudas manos de obrero una caricia ¡fuerte! ¡inmensa! ¡brutal!
- CECILIA (Cayendo a sus pies de rodillas.) ¡Perdón, abuelo! Yo nunca le he hecho a usted daño... Yo soy buena... Yo no quiero mal a nadie...
- BUENA. (Poniéndose de pie, amenazador, espantoso, terrible.) ¡Ojo por ojo y diente por diente! ¿No dice eso la Sagrada Escritura? (Se lanza sobre ella con ímpetu salvaje y la ciñe el cuello fuertemente con ambas manos.)
- CECILIA (Con voz ahogada.) ¡Papá! ¡Mamá! ¡Socorro!...
(Rueda al suelo estrangulada.)

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, DON TOMÁS, DOÑA ROSALÍA y la NICANORA, por la
escalera de la izquierda.

TOMÁS ¿Qué es eso? Gritos ahogados... Parecía
la voz de Cecilia. (Reparando en el cuerpo exá-
nime de Cecilia y cayendo de rodillas a su lado, lleno
de amarga desesperación.) ¡Cecilia! ¡Hija mía!
¡Muerta!

ROSALÍA (Arrojándose desesperada sobre el cuerpo de Cecilia.)
Pero ¿cómo? ¿Quién? ¿Quién ha sido?
¡Hija de mi alma!

NICANORA (¡Nos ha vengado!)

TOMÁS (Poniéndose de pie, yendo hacia Buena Muerte, cris-
pando los puños.) ¡Ah! viejo bandido... ¡In-
fame! ¡Asesino!

BUENA (Irguiéndose arrogante, retando a don Tomás.) ¡Ase-
sino, no! ¡Vengador!

TELÓN

FIN DE LA OBRA